

PENSAMIENTO  
Y  
CULTURA



# La mujer cautiva como símbolo de la identidad Latinoamericana \*

NILDA NOEMI GIL \*\*

---

**Centro de Estudios Latinoamericanos  
Universidad de Buenos Aires**

La literatura latinoamericana de este siglo, ha eclosionado en un complejo mosaico de expresiones no sólo relacionadas en sus innovaciones estilísticas, sino en el sustrato mítico-simbólico de la tradición mestiza de nuestros pueblos, en la que arraigan y a la que reelaboran y enriquecen en un gesto sólo comparable —en profundidad y belleza— al del Barroco.

Inevitablemente casi, las presiones sectoriales (tanto económicas cuanto ideológicas), que tanto comprometen el circuito de publicación, publicidad y crítica, han limitado y banalizado en muchos aspectos el alcance de los estudios que debieran resultar menos expectantes de la novedad teórica europea (en su herencia formalista y post-estructuralista: tendiente a silenciar las sugerente multivocidad de sentidos de un lenguaje rebelde a toda reducción), y más acordes —en el caso de estudiosos latinoamericanos— a las propuestas revolucionariamente transformadoras de la historia que los autores del ciclo de la nueva novela ofrecen.

---

\* Comunicación presentada ante el I Congreso Argentino de Literatura Iberoamericana, organizado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (julio/1986).

\*\* Licenciada en letras en la Universidad Nacional de Buenos Aires, escritora argentina, profesora universitaria, investigadora social y latinoamericanista.

La presente comunicación tiende a profundizar la línea de interpretación hermenéutica —más allá de lo simbólico ligado a lo inconsciente de la creación artística— del gesto intencional de estos escritores que proponen su obra como expresión metafórica de la conciencia histórica latinoamericana, focalizada desde la memoria viva de sus pueblos mestizos, antes que desde la versión oficializada de la historia, pero en diálogo fecundo con el criticismo innegable de sus propias conciencias individuales, signadas por la lucidez de un distanciamiento necesario —frecuentemente expresado en la ironía paródica que acompaña el sostenido tono épico de fondo— para la segunda propuesta: posibilitar la apertura de la palabra hacia la esfera de lo volitivo, promoviendo en sus craciones un ejercicio de transformación real de la historia.

### Líneamientos teóricos

Siendo conscientes de la necesidad de un sinceramiento académico de la pugna filosófica que subyace detrás del ejercicio de las diversas metodologías críticas, no sólo a efectos de señalar diferencias sino también para la delimitación de zonas tangentes a partir de las cuales podría abrirse un diálogo no dado hasta el momento, creemos oportuno esbozar algunos postulados ineludibles para el planteo hermenéutico de raíz fenomenológica sustentado por este estudio.

*En primer lugar*, el relevamiento simbólico debe atender al corpus de tradición que lo contiene, ya que el simple desciframiento de símbolos aislados comporta un ejercicio de simbolismo ingenuo que aún no alcanza el rango de hermenéutica. Las constelaciones simbólicas constituyen verdaderas arquitecturas de sentido para cuya interpretación, la inteligencia hermenéutica (o de primer grado) revalida el concurso mediador de una inteligencia estructural, a condición de que ésta no soslaye la historicidad constitutiva del símbolo (a la que no es posible reducir al mero concepto de diacronía), historicidad fuera de la cual el símbolo deviene figura imaginaria antes que portador de sentido comunitario<sup>1</sup>.

*En segundo lugar*, la tarea interpretativa propia de la hermenéutica, opera privilegiando la vía sintética sobre la analítica y propone el “saber” de la literatura como medio eficaz y pleno para alcanzar

---

1. Ricoeur, Paul, *Hermenéutica y Estructuralismo*, Megápolis, Buenos Aires., 1975, pág. 68 y ss.

un conocimiento de sí y del mundo (lo que la emparenta con las disciplinas filosóficas y la descalifica como ciencia, rango al que por otra parte no aspira). Sin embargo, la exégesis hermenéutica no se resuelve en un subjetivismo sin tutelas metodológicas, sino que diseña sus propios modelos de aproximación a la verdad. Uno de los más fecundos hasta el momento es el trabajo de la semejanza rastreable tanto en el símbolo, como en la metáfora poética y en el relato. Paul Ricoeur lo asocia a la idea de modelo teórico, concebido por Max Black, en su capacidad de re-describir o descubrir, a partir de aspectos conocidos de la realidad, otros desconocidos y hasta insospechados, poniendo en juego capacidades largamente olvidadas en el ejercicio de la inteligencia teórica y que tienen que ver, fundamentalmente con aquella *phronesis* de la que a nos hablara Aristóteles<sup>2</sup>.

*En tercer lugar*, y como corolario de lo anterior, el entronque fenomenológico de nuestra perspectiva nos lleva a asumir la defensa del sujeto histórico, inserto en una realidad que revalida como legítimo espacio de experiencia, dueño de una conciencia intencional que interpreta los signos de su tiempo en función de la memoria del pasado y promueve la voluntad hacia la acción constructiva de la historia.

### **La mujer cautiva como símbolo en la tradición literaria Latinoamericana**

La preocupación por la identidad cultural e histórica de los pueblos de nuestra América se expresa en la metáfora-símbolo de su esencia —en general encarnada en la figura de una mujer— sometida a diversas formas de opresión o cautiverio que no necesariamente adopta la forma del encierro físico. Este fenómeno es rastreable ya en la literatura colonial y va concentrando un potencial poético de alto vuelo y una carga semántica expansiva, pregnante de sentidos cada vez más ricos a los otros símbolos que conforman su constelación (variable —según el texto en que aparece— pero que ronda los simbolismos del corazón, el agua y el fuego, la luna y el sol, la torre y el desierto, el árbol y la serpiente (o el dragón), la gruta y el puente, la flor y el barro, la oscuridad y el silencio, las bodas y el hijo). Excede la finalidad y extensión de este trabajo el releva-

---

2. Ricoeur, Paul, *Educación y Política*, Cinae, Buenos Aires, 1984, "Poética y simbólica".

miento minucioso de los sistemas simbólicos de las obras que habrán de tenerse en cuenta, pero sí nos importa señalar que la sugerencia de este complejo de sentidos arraiga en un suelo pre-lingüístico y se proyecta hacia una zona de encuentro con un "saber" de nosotros mismos, de la vida y del mundo sólo aprehensible para una conciencia post-crítica.

Ese suelo pre-lingüístico, espacio del mito como instalación sapiencial de los pueblos previa a toda institucionalización social, común a los hombres de todo tiempo y lugar, puesto que se trata de un nivel de su conciencia, en América se ofrece como el humus de su historia, signada desde el encuentro con Europa por la encrucijada de los opuestos en pugna que la desgarran y la constituyen a la vez: mito y razón, seducción y violencia, barbarie y civilización, liberación y dependencia.

Proponemos considerar cómo esta verdadera matriz generadora de nuestra identidad cultural e histórica (la tensión dramática de los opuestos) es además matriz de lo literario (no sólo en cuanto a los "temas" sino también en tanto dinamizadora del proceso simbólico-imaginario de la creación individual que reelabora y transforma en base a su innovación (la obra), la tradición de su pueblo), y cómo esa tensión sólo puede superarse gracias a la lógica simbólica —instauradora del principio del tercero incluido<sup>3</sup> que se expresa de modo inmejorable bajo la forma de la mujer libre entre cadenas (Lucía Febrero, en *Megafón o la guerra* de Leopoldo Marechal), el peldaño más alto de esta cadena de símbolos que trataremos de seguir.

### Doncellez y cautiverio en el barroco americano

Cuando Martín del Barco Centenera deslizaba hacia "lo fantástico" sus versos pretendidamente inspirados en la "veracidad" de los hechos, sabía sin duda —por la impregnación simbólica del clima medieval que aún se respiraba en España<sup>4</sup> lo que los críticos posteriores no pudieron comprender: que los motivos reiterados en las viejas leyendas populares suelen iluminar el acontecimiento histórico y frecuentemente se abren hacia la profecía.

---

3. Kusch, Rodolfo, *Esbozo de una Antropología Filosófica Americana*, Castañeda, San Antonio de Padua, 1978, pág. 113.

4. La conquista musulmana y la idiosincracia del pueblo español no provocan en la península la ruptura cultural entre medioevo y Renacimiento.

Así, los famosos versos de la doncella perseguida por un monstruo marino:

*“Una pece de espantable compostura  
del mar salió reptando por el suelo;  
subióse ella huyendo en una altura  
con gritos que ponía allá en el cielo.  
El pece la siguió; la sin ventura  
temblando está de miedo con gran duelo;  
el pece con los ojos la miraba,  
y al parecer gemidos arrojaba”*<sup>5</sup>.

(*La Argentina*, 1ra. edic, Lisboa, 1602), nos introducen a la sugerencia simbólica de la relación doncella-monstruo típica de la leyenda de la bella y la bestia, el espanto de la primera y el amor padeciente del segundo, que no dejaría de ser un mero “locus” si no lo relacionamos con la situación histórica y cultural en la que emerge: la “espantable compostura”, la llegada desde el mar, la perspectiva histórica de nuestra tarea crítica que hoy nos permite manejar testimonios de “la otra cara de la conquista”, estaría significando en el plano simbólico no sólo la conciencia culposa del conquistador, sino también su enamoramiento inevitable de la doncella: la América virgen, la Tierra sin Mal. Claro que para atender a esta interpretación es necesario desterrar algunos prejuicios, por un lado diferenciación los aspectos crueles de la conquista de la “leyenda negra” difundida por Francia respecto a España, y su elegía al “buen salvaje” en un intento de recolonizar para sí lo que en la pugna histórica de Europa había perdido. Por otro, atender al momento en que el poema es escrito: ya de vuelta de la quimera de la riqueza fácil (tampoco se ha estudiado hasta que punto la persecución del oro no es una metáfora de la búsqueda de un orden transmutado de la historia), América seduce por sí misma y su descomunal “doncellez” pone al conquistador ante su propia fealdad (entendida como deserción de su originaria pureza).

Antes de continuar nos parece útil aclarar que la lógica simbólica, al igual que la referencialidad de la metáfora viva no se rigen por el principio de identidad, ni de tercero excluido, propios del pensamiento racional; por lo tanto la transposición al concepto jamás se logra acabadamente, mucho menos la interpretación puede hacerse

---

5. En: *Capítulo*, No. 6. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1979.

en base a la denotación del discurso. En el caso de la mujer cautiva —sobre todo a partir de Ruy Díaz de Guzmán y sus relatos de Lucía Miranda— es interesante comprobar cómo, pese a que las prisioneras pertenecen al orden de la civilización (mujer blanca) y los captores son los bárbaros (indios), en el plano simbólico la relación se subvierte. Nuestra sospecha se basa en los siguientes argumentos:

a) La prohibición de uniones entre naturales de América y mujeres españolas aunada al favorecimiento de la procreación de mestizos en vientres americanos, la impronta viril de la conquista (riesgo, aventura, desplazamiento) y el sesgo femenino (arraigo, conservación, actitud contemplativa) de la cultura autóctona americana, el resultado histórico con el triunfo, cuando menos oficial, de la civilización europea, hablan de una asimilación arquetípica de los roles femenino y masculino para América y Europa respectivamente.

b) El bárbaro es, según la etimología griega que dona este vocablo, el extranjero, no sólo en el sentido del que habla otra lengua, sino del extrañado del orden comunitario local. Cabría preguntarse pues ¿quién es en América el bárbaro?

c) La desesperada mezcla de violencia y seducción emprendida por el captor habla de una imposibilidad última: rendir el corazón de la cautiva, lograr su amor, en términos de historia: fagocitar el irreductible misterio de la irrupción de América en el mundo, contemplarse en el espejo de sus ojos acabadamente.

Desde esta lectura simbólica, Lucía Miranda, cautiva de Siripo, adquiere una proyección profética para lo que habrá de ser el destino de la América hispano-mestiza, sobre todo si se tiene en cuenta que el significado de su nombre es *justicia*:

(habla Siripo) “De hoy en más, Lucía, no te tengas por mi esclava y sierva, sino por mi querida mujer, y como tal puedes ser señora de todo cuanto tengo y hacer a tu voluntad, lo cual te entrego desde hoy y para siempre, pues te doy lo principal, que es el corazón” —cuyas palabras afligieron mucho más el alma de esta cautiva, viéndose sujeta al poderío y voluntad de un bárbaro”. (Ruy Díaz de Guzmán— *La Argentina* —“Anales de la biblioteca” tomo IX —Paul Groussac— versión en ortografía moderna)

El tema del cautiverio femenino, enrolado en la valencia mística del amado-amante, perseguidor-perseguido, aparece en sor Juana —caso que nos interesa en alto grado por tratarse— en la existencia misma de la religiosa— de una situación doblemente opresiva: ser mujer letrada en un orden de relegamiento femenino cual la sociedad masculinizante cuyas secuelas aún se prolongan, y deber obediencia en un ámbito eclesiástico que condenaba la sabiduría por su rasgo de soberbia. La famosa “Respuesta a sor Filotea” muestra desde la focalización de lo femenino (en tanto cautiverio), la paradoja del encierro; argumenta en ella: cuánto más aprende del encierro en la cocina, observando los vegetales del guisado, o en la soledad del pensamiento, en su celda, que de la apertura de los libros. Poéticamente, condensa en uno de sus más bellos sonetos la doble valencia del cautiverio que, ya sea en sentido místico o profano (si es que esta vieja polémica es en realidad pertinente), habrá de brindarnos pistas interesantes al llegar a la consideración del símbolo en la novela moderna. Esta doble valencia se estructura sobre la antítesis: “Más blasonar no puedes satisfecho/de que triunfa de mí tu tiranía (...) poco importa burlar brazos y pecho,/ si te labra prisión mi fantasía”.

Una última emergencia simbólica que nos interesa señalar es la vida de Santa Rosa de Lima, sobre todo por no llamarse así sino por haber adoptado ese nombre (pensemos en la larga tradición literaria del tema, pero también en la prisión de las espinas, su relación con la sangre y con la pasión, con la sabiduría *cordial*, en fin con el poema de Tejeda: “Mas ya que del cairel desaprisiona/, la virgen hoja, previniendo engaños/ la corta o pone en su guirnalda o zona”).

Si bien no podemos atribuir una conceptualización previa de la situación de América como desgarramiento entre dos órdenes, ni tampoco una voluntad de expresarlo en sus creaciones, nos parece que hay sin embargo una anticipación poética del destino de América del que no podemos descartar —dada la coincidencia en la elección del motivo y el alto adiestramiento simbólico de la conciencia barroca— una intencionalidad de dejar hablar a los símbolos por sí mismos, y de atenderlos respetuosamente, por parte de estos autores, primeros frutos del mestizaje cultural.

### “La cautiva” en el choque entre civilización y barbarie

Si América se busca a sí misma en el encuentro cruel y fecundo de sangre y culturas dispares, esa búsqueda queda expresada simbóli-

camente en la mujer tensionada por las fuerzas captoras de la seducción y la violencia, tal como se ha sugerido, en los primeros siglos de la mestización, pero también desplegando ella sus propias armas: la debilidad será su fuerza: la rendición del corazón conquistador a la impasibilidad de su misterio (libertad para labrar prisión imaginaria con una perturbadora inquietud que deja sentir al opresor: ¿cuáles son los límites de la realidad para establecer que el lazo que tiende la cautiva es sólo imaginario?)

Inquietud fundada ésta si pensamos que en menos de tres siglos España y América serán una misma zona de barbarie cultural para el occidente decimonónico que exporta al Nuevo Mundo sus pautas civilizatorias de Francia e Inglaterra. Así, para Echeverría, su amada patria (cómo un romántico podría dejar de amar su patria) será cautiva de un doble imperio: el del bárbaro hombre americano (indio - hispano - mestizo) y el de las fuerzas naturales desatadas (por aquéllo de que el mal argentino-americano es la extensión). Sin embargo, aún sobre lo ideológico, las sabias maquinarias de la creación abren canales que el poeta jamás desecha: María escapa a su cautiverio (la identidad americana logra vencer la barbarie humana y natural) para caer fulminada cuando comprende que nadie amado la aguarda al fin de su proeza, ¿profecía inconsciente o lucidez poética?. Esta cuestión merece sin duda algo más que una mera palabra al pasar.

Hernández volverá al tema de la cautiva, pero desde la línea de defensa hispano-mestiza de América. Leopoldo Marechal ha dado su magistral interpretación simbólica de esta cuestión, arriesgando que la cautiva es nuestra identidad aprisionada por la barbarie reduccionista de un proyecto homogeneizador de parámetros culturales en aras de un progreso meramente material y forzado, en el que el auténtico habitante de América, simbolizado en el gaucho, no encuentra cabida. Atribuye en su estudio<sup>6</sup> al combate de Fierro con el indio, el valor del despertar de la conciencia nacional (para nosotros lo nacional importa el concepto de Nación Latinoamericana, acorde a la causa de los Libertadores) que vuelve al escenario político en defensa de un proyecto que alcanzará sus momentos culminantes con el ascenso al poder de los movimientos populares de este siglo. La conciencia creativa de la constitución de una iden-

---

6. Marechal, Leopoldo, *Simbolismos del Martín Fierro en El beatle final y otras páginas*, Capítulo No. 93 - C.E.A.L., Buenos Aires 1981.

tividad latinoamericana en el punto de fricción y encuentro (de nuevo fecundo y cruel, guerrero y amoroso) entre la civilización y la barbarie se expresa en plenitud en *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos y *La Gloria de don Ramiro* de Enrique Larreta.

Cautiva de su propia pasión desatada, doña Bárbara es más el producto de la venalidad de un orden que la civilización ha traicionado que el cacicazgo vencido por la organización. Pero es en la hija de la barbarie, prisionera en su costra de suciedad de la que emerge espléndida, y de la fortaleza que su amor otorga al libertador que crece con el encuentro de sus raíces llaneras como no lo había hecho en la ciudad donde el símbolo adquiere su grado más alto de lucidez: la comprensión de que las dos fuerzas concebidas como antagónicas sólo pueden superarse con la gestación de una nueva realidad que las contenga, son ya dos caras de una misma moneda. Don Ramiro, en la novela de Larreta, será el centro de una cruz, cuyas cuatro puntas frenan la expansión de su conciencia en la presencia de cuatro mujeres enclaustradas: Santa Teresa y Santa Rosa de Lima en la vertical de la gloria celeste; Aixa y Beatriz en la horizontal del amor humano. La negación de su raíz mestiza, la traición a un destino de redención y el perdón desde la causa traicionada redescubren la conciencia culposa de un proyecto que —pretendiendo liberalizar— oprimió aquello que era la única salvaguarda para la vitalidad de una identidad cultural: sus raíces. De ahí también que el sugerente clima de enamoramiento hacia una España en ruinas que dona lo mejor de sí para el Nacimiento de una hija nueva (América en la imagen de Santa Rosa de Lima), se imponga al tono crítico de la molicie española y de su oscurantismo.

### **La cautiva como símbolo de la libertad interior**

La nueva novela latinoamericana irrumpe con su estallido mágico en la envejecida literatura occidental con lo que pareciera ser la quiebra total de su tradición literaria; sin embargo lo que logran en su audaz innovación es la ampliación de la conciencia histórica y estética, la plenificación de la tradición que, como bien señala Ricoeur, vive gracias a la reelaboración que se produce en el juego tensional de sedimentación e inventiva "poética". De Roa Bastos, con sus ensayos y comentarios de las letras americanas, de García Márquez y su glosa rubendariana, de la reelaboración de Vargas Llosa de la obra *Os sertoes* de Euclides da Cunha, surgen valiosos argumentos que avalan esta interpretación.

Nos interesa ahora ver cómo, en este contexto, el símbolo de la mujer cautiva enriquece su capacidad heurística.

En el caso de *Sobre héroes y tumbas*, Alejandra, a quien Sábato identifica en algunos momentos con la patria (pág. 217 - ed. Sudamericana), es también llamada dragón-princesa, aludiendo al mito más popular del cautiverio de esa zona de lo humano identificado con el principio femenino (el arquetipo del ánima, pero también la Sophía gnóstica, o la sabiduría del corazón de los Fieles de Amor, el Mercurio de la obra alquímica, la puerta del cielo o paso a un nivel nuevo de conciencia).

La sugerencia metafórica de lo oscuro y tumultuoso —corazón vivo del misterio de la vida— de cuya unión con el padre y su purificación por el fuego nacerá el mundo nuevo<sup>7</sup> aparece ligada explícitamente a nuestra historia (doblemente conflictiva en su tensión como parte de Latinoamérica frente a occidente, y como prolongación de Europa frente al resto de naciones latinoamericanas): “. . . todo giraba vertiginosamente en torno de la figura de Alejandra. . . pues en aquella contradictoria y viviente conclusión de la historia argentina, parecía sintetizarse ante sus ojos, todo lo que había de caótico y encontrado, de endemoniado y desgarrado, de equívoco y opaco”. (pág. 217).

Este encierro en sí misma—uróboros de cuyo círculo encantado es imposible salir— es una de las aproximaciones más atrapantes a la verdad del caos originario, al hueco oscuro de Dios engendrándose a sí mismo en la concepción de Bóheme, al destino ineluctable de una América prisionera del conflicto que la gesta en su particularidad mestiza.

Mario Vargas Llosa en *La Casa Verde* volverá al símbolo del cautiverio, en el mismo clima de oscuridad, pero que ya comienza a ser penumbra, reemplazará el tumulto por el silencio, y Antonia—virgen, ciega y muda— su nombre comienza y termina con A, tiene la misma cantidad de letras que América, ha sido víctima de los salteadores que mataron a sus padres, del sol del desierto penitencial de Piura, de la rapacidad de los gallinazos, del hambre y de la sed, ha sido amantísimamente custodiada por la lavandera, es

---

7. Para una interpretación en la vía del esoterismo, la alquimia y la crítica arquetípica ver: C.E.L.A. (Varios) *Sábato en la crisis de la Modernidad* García Cambeiro, Buenos Aires, 1985.

raptada por Anselmo (extranjero de la región, luciferino, arpista-poeta). El podrá como nadie franquear el muro del silencio y la oscuridad para enseñarle el amor y engendrar una niña. El captor ya no es sólo el monstruo gimiente. Se anima a transformar la historia. Pero paga con la pérdida de la amada, en el torreón de su iniciación y del parto, el precio de la transformación. Y es esta irreductible zona del encuentro y la pérdida, de la muerte y la resurrección, el centro que el arte y la historia comparten, aquello que Marechal define como el *nudo del acontecer* y Heidegger proclama al sostener que: "La poesía es el fundamento que soporta la historia"<sup>8</sup>.

Tal fundamento, en la literatura latinoamericana y lúcidamente asumido por los creadores del último ciclo, es reconocido también como la clave que puede abrirnos a nuestro autoconocimiento en tanto americanos, sólo a través de la mediación simbólica donde la mujer por excelencia, en situación de cautiverio— ilumina el núcleo de la paradoja ya planteada por sor Juana: quién es cautivo y quién captor. No hay aparato crítico capaz de restaurar conceptualmente el conocimiento adquirido en "el ojo de la tormenta" de la irradiación simbólica. Sólo la valentía intelectual de asumir los límites y de arriesgarse a dar el paso de Anselmo. O tal vez, si somos movilizados por la palabra al límite de la acción, el último paso sea el de Megafón.

Como al comienzo de esta cadena, una Lucía también nos aguarda:

"Y justamente allí, en el área central de aquella noche y aquel silencio, Megafón distingue ahora el pedestal en que se yergue la Mujer Encadenada (. . .) Pero no tarda en advertir que Lucía Febrero ¡Y toda ella! es un canto a la libertad y una risa de libertad y una danza caliente de la libertad, como si la integrase una bandada inmensa de palomas en vuelo. "(Marechal, *Megafón o la guerra*, Suramericana, Buenos Aires., 1970. pág. 343).

Y del encadenamiento simbólico de toda una tradición de mujeres cautivas, de sus contrastes y semejanzas, de fuerza expresiva ganada, la intuición de un conocimiento nuevo e intraducible germina desde la tarea interpretativa que nos imbrica en el entramado de

---

8. Heidegger, Martín, *Arte y Poesía*, F.C.E., México, pág. 108.

nuestra historia en una actitud activa que anula la arbitraria frontera entre pensamiento y acción. La historia es posible por la palabra y la palabra crece con la historia y de este juego la conciencia se amplía y nos devuelve la clave (en la metáfora, el símbolo, el relato) para escapar de la trampa del tercero excluido: la libertad interior es un acto de voluntad y la voluntad de nuestros pueblos por ser libres escapa a las cadenas exteriores. Su debilidad es su fuerza, porque —después de todo quién marca el límite entre la realidad del imperio exterior y la prisión que la seductora barbarie americana labra en su utopía convocante y un orden más justo y más sabio de los tiempos. Tal vez no haya límite sino paso que dar: Sofía, en *El Siglo de las Luces*, transformada por Víctor Hughes que la arranca del cautiverio, y Esteban, el débil y mártir, perdiéndose en el multitudinario clamor de un pueblo oprimido, sigue siendo una escatología posible.

### CONCLUSION

La enorme vitalidad y longevidad de los símbolos hace que sus raíces se pierdan en el confín de los tiempos y se prolonguen más allá de nosotros mismos. Hemos intentado esbozar una línea de sentido en construcción de uno de los símbolos más frecuentes de la literatura, que en el caso de la latinoamericana encarna con singular fuerza. Algunas expresiones menos conocidas y otras aún inéditas (entre ellas una novela de Draghi Lucero que lleva por título *La cautiva*) nos permite sospechar que su fuerza actuante en la historia continúa creciendo.